

Aldabas de Santa Clara.

Tunja

Camilo Andrés Ruíz

Mauricio Rojas

■ Filósofo de la Universidad Nacional. En la actualidad es profesor del Área de Filosofía del Departamento de Humanidades en la Universidad Autónoma de Colombia.

**La iluminación filosófica.
Una aproximación espontánea
al diálogo De Magistro de San Agustín**

Mauricio Rojas

La iluminación filosófica. Una aproximación espontánea al diálogo De Magistro de San Agustín



Dentro de la densa y vasta historia de la filosofía es inevitable, afortunadamente, hallar autores que seducen de inmediato por su pensamiento inmenso, abrupto, visionario, tenaz... siempre es gratificante tropezar con textos curiosos, amables y desmesuradamente amplios que incitan al lector a sumergirse en una enrucijada de preguntas y que también ofrecen un espacio sobre el cual improvisar reflexiones de todo tipo. Considero que dentro del trabajo académico, en el que nosotros pretendemos desenvolvemos, lo más sensato es enfrentar a los autores y a las fuentes primarias sin ambages, es necesario aproximarnos a la voz de cada pensador; tratar de escucharlo sin prejuicios, escucharlo simplemente, tratando de deleitarnos con su voz que parece surgir del fondo de los manuscritos trazados en lenguas antiguas, voces que se proyectan en la historia con la solemnidad que posee lo milenario, palabras que trazan significados y caminos y bifurcaciones y que constituyen el conmovedor

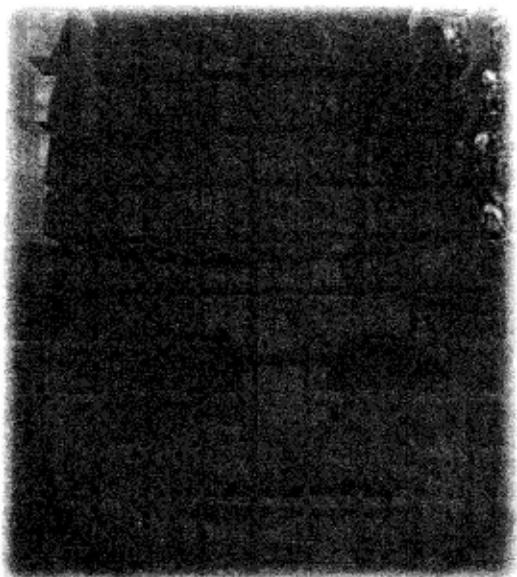
testimonio de la existencia de unos hombres que quizá se arriesgaron a moldear su entorno, a cuestionarse ante el mundo y que, más allá de estúpidas aseveraciones, también, como nosotros, se habrán aferrado, fervorosamente, a la vida; hombres que, a diferencia de muchos, gracias a su sabiduría o su lucidez, lograron trascender para el tiempo y nos legaron esos testimonios extraños y monumentales que son los libros.

Es difícil no venerar escritos que tienen más de dos mil años de antigüedad, más antiguos que el Imperio Romano, más viejos que la imprenta y el papel; difícil igualmente, pasar por encima de sabios descabellados como Tales o Anaximandro, de místicos como Heráclito, de genios como Platón y Aristóteles, resulta pobre ignorar a racionalistas de la talla de Descartes o de Kant y a poetas de la talla de Nietzsche...

Dentro de este extenso, e incluso agobiante, listado de nombres y datos se destaca un personaje que no desmerece en nada de los anteriores y que supera a muchos en su importancia histórica, se trata de una figura particular, múltiple, que proyecta su sombra sobre toda la Edad Media y que pertenece a esa época extraña que preside la caída de Roma y el nacimiento del incipiente cristianismo, un hombre moldeado por su tiempo, sumergido en un alboroto de escritos griegos y latinos, citas bíblicas y apologías apostólicas, y básicamente, un espíritu escrutador, móvil, cambiante y apasionado en un momento en el que el orden del mundo se desmoronaba y con ello nacía la promesa de una nueva era.

Sorprende el hecho de que San Agustín sea africano y no latino, sorprende que su vida

no posea ese hábito monacal que se le imputa, sorprende que todo un padre de la Iglesia no nazca y muera enclaustrado y sumido en el espanto del pecado, divierte que todo un obispo medieval vea la luz y pase su infancia en una tierra hirviendo jugando con lagartijas entre riñas infantiles y el tortuoso aprendizaje escolar, resulta picaresca la imagen de un jovencuelo disoluto persiguiendo muchachas por las calles de Cartago o cantando tonadas en los suburbios de Roma, conmueve que al único hijo que concibió, al que amó y perdió, lo haya bautizado con el nombre de Adeodato que significa 'dado por Dios'... y es eso, precisamente, esa multiplicidad, esa ingenua vitalidad, esa vida confusa, lo que hace de San Agustín un hombre especial, porque estuvo muy lejos de ser un santo y su vida es el reflejo de una búsqueda constante y dolorosa, un camino que se labró entre angustias y decepciones, no adoptando el fanatismo de un renunciador, sino dudando y pensando y leyendo y errando, vagando de aquí para allá, escuchando cosas o asumiendo



dogmas, experimentando, no entre libros y abstracciones, sino en la vida misma, en la experiencia, porque ¿en dónde se halla la fe si no es en la existencia, en la alegría, en el sufrimiento?, y acaso ¿en dónde puede estar Dios si no es en las cosas del mundo y en las criaturas de la creación?

San Agustín posee el espíritu apasionado del buscador; o la fortaleza despiadada del vencido, porque fue, felizmente, un pecador; un individuo sumido en la vida y muchas veces agobiado por ella, y si llegó finalmente a una 'verdad', nos parezca ésta cuestionable o no, y a una cierta 'iluminación', fue, sin duda, porque tuvo el valor de asumir su ignorancia y su escepticismo y su terrible necesidad de creer y de hallar... y de allí, y esto es definitivo, que la Verdad que él promulga sea una verdad vivencial, tangible, y no una inútil certeza teórica e irreal... un Filósofo es un buscador; es el personaje aquel de la caverna platónica que aleja su mirada de las sombras y la dirige hacia lo alto, es un maestro de verdades reales, vitales, necesarias, casi un profeta y no un teórico de conceptos vacíos y abstractos.

La Filosofía, la poética Filosofía universal de los griegos, nació cuando unos sabios llenos de mística se atrevieron a contemplar un mar que yacía a sus pies, un Océano que todavía era infinito para ellos y retaron a los dioses para que les diesen respuestas; la Filosofía no es una disciplina ordinaria, no es un mero deseo de saber; es un Despertar; un tratar de leer las verdades que definen un Cosmos inexplicable, y también es amor por las cosas, y pasión por el mundo. Esa Filosofía que heredamos de Grecia es más una actitud ante la vida que un saber enunciado en ciertos libros, una Actitud, una forma de asumir nuestra realidad que se nos da

en lo cotidiano y que está muy lejos de ser algo totalmente lógico o definitivo. Precisamente, San Agustín, en un diálogo sobre el lenguaje, expone su doctrina sobre cómo adquirir una verdad mística que no es simplemente lógica o científica. Tratemos ahora de acercarnos un poco a lo expuesto en el breve tratado.

El *De Magistro (Del Maestro)* fue redactado aproximadamente en el año 389 d.C. cuando Agustín debía rondar por los treinta y cinco años (recordando que nuestro autor se hizo bautizar cristianamente a los treinta y cuatro y se ordenó sacerdote a los treinta y siete). Es un diálogo de estilo platónico que se desarrolla entre dos únicos interlocutores: San Agustín y su hijo Adeodato.

Este pequeño y denso escrito resulta relevante dentro de la totalidad de la obra de Agustín, debido a la trascendencia del tema tratado. La discusión versa sobre el lenguaje: su utilidad, sus limitaciones, su posible circularidad, la ambigüedad de las palabras, el concepto de signo, de significado y su mutua relación e interdependencia.

El diálogo consta de catorce capítulos, estando los once primeros dedicados totalmente al tema del lenguaje. En estas primeras secciones se postula, en principio, que el lenguaje sólo pretende recordar o enseñar; hablar es recordar el significado de las palabras, y las palabras no son más que representaciones que nos hacemos de las cosas; es evidente, entonces, que en nuestro lenguaje sólo manejamos una representación que nos formamos a partir de la realidad, pero que está muy lejos de ser la realidad misma. El mundo, como lo conocemos y lo manejamos, se nos da sin la distorsión de los signos y por

ello el conocimiento real ...

ello el conocimiento real de este entorno inmediato es anterior al proceso de nombrar. Resulta inevitable aceptar que la realidad se da en sí misma y las palabras nada pueden hacer para ampliar esa visión, es el conocimiento de la cosa lo que nos descubre el significado de las palabras y no el conocimiento de los nombres lo que nos lleva a conocer la cosa. Las palabras no enseñan nada, **"con palabras no aprendemos sino palabras"**¹, el conocimiento verdadero del mundo no procede de ellas. Esta drástica conclusión sirve de preámbulo al argumento expuesto en los capítulos finales del texto: la teoría de la Iluminación.

La única salida posible a la aporía a la que se ha llegado parece ser afirmar que la verdad procede de las cosas mismas y del interior del espíritu en su capacidad de entenderlas. Esta Verdad final, este sumo bien (casi platónico), no es entonces otra cosa que la luz emanada de Dios y resulta a todas luces inenseñable.

Todo aquello que percibimos con la mente se nos da en el espíritu a la luz de la verdad y es comprendido por el 'hombre interior' que habita en nuestras almas, esa verdad se contempla y no se percibe ni entiende a través de la apariencia de las palabras.

En el capítulo XI, apartado 38, Agustín se expresa en estos términos: **"Ahora bien, comprendemos la multitud de cosas que penetran en nuestra inteligencia, no consultando a la voz exterior que nos habla, sino consultando interiormente la verdad que reina en el espíritu; las palabras tal vez nos muevan a consultar. Y esta verdad que es consultada y enseña es Cristo, que, según la Escritura, habita en el hombre, esto es, la inmutable Virtud de Dios y su eterna Sabiduría**

(Ef III, 16-17). Toda alma racional consulta a esta Sabiduría; mas ella revélase a cada alma tanto cuanto ésta es capaz de recibir, en proporción de su buena o mala voluntad."².

Este párrafo puede sintetizar, a grandes rasgos, la teoría de la Iluminación: toda verdad, es claro, se da para el espíritu gracias a una 'emanación' que se asienta en el entendimiento y que proviene de una sabiduría universal que subyace en la eternidad de la que participan todas las almas.

La idea no podría ser más emotiva: toda sabiduría pertenece al espíritu, la Verdad es algo místico, casi mágico, divino, pertenece a las musas y está desvinculada de la torpeza circular del lenguaje y de la burda e infalible lógica de las palabras; y esta Verdad total proviene de Dios, y los hombres pueden llegar a vislumbrarla en la medida en que su corazón ahonde en la contemplación de la Armonía de la Creación y, para adquirirla, es necesario poseer una incansable voluntad fundamentada en la Fe.

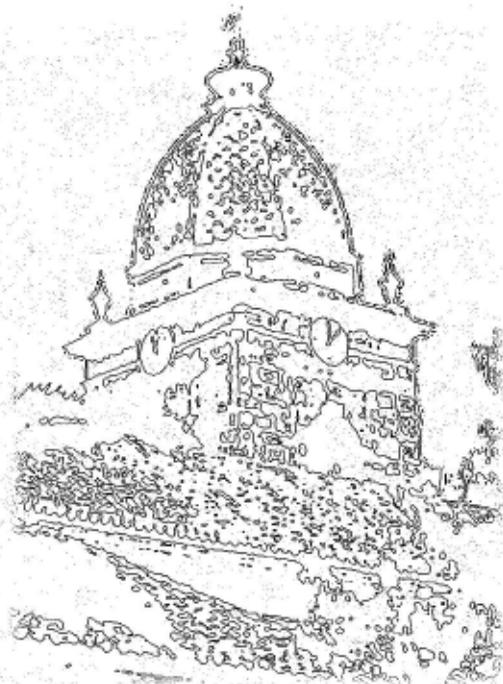
El conocimiento, o la vana erudición si se quiere, surgen en el juego de la razón consigo misma; los laberintos de conceptos en los que se transforma con demasiada frecuencia la Filosofía pueden ofrecer verdades verbales, sujetas y limitadas a los sistemas lógicos que nosotros mismos hemos ideado, pero todo este aparente saber no pasa de ser un exasperante argumentar sobre argumentos en donde, finalmente, todo referente real se pierde y sólo queda un abstracto imaginario que únicamente es concebible dentro de nuestra propia mente. No estoy afirmando, en ningún momento, que la razón sea inútil como instrumento primordial de conocimiento y como medio

¹ AGUSTÍN. *De Magistro*. Biblioteca de Autores Cristianos. Obras filosóficas de San Agustín. Tomo III. Versión, Introducción y Notas de Manuel Martínez. Madrid. 1971. Il. 4. p. 689.

² AGUSTÍN. *Op. Cit.* XI. 38. p. 745.

necesario para adquirir verdades de saber, pero si aspiramos a acceder a verdades vitales, asumibles humanamente, espirituales, debemos enfocar nuestra mirada a una filosofía más humana, menos lógica, menos formal, menos argumentativa, regresar un poco, tal vez, al simple y despreocupado diálogo entre maestro y discípulo, en donde están permitidos los balbuceos, las divagaciones y los errores.

El monje angustiado pregunta a su maestro si es necesario sustraerse al tiempo, al sufrimiento y al devenir para alcanzar la iluminación; el maestro calla y sonrío, calla y sonrío, y con su silencio adoctrina, y si el discípulo insiste, el maestro responde: *‘Cuando una partícula de polvo vuela se dice que toda la tierra se levanta, cuando una*



*flor se abre se dice que su sonido hace estremecer a todo el Universo*³, y si el monje no entiende la sutil belleza de la respuesta, el maestro podrá insinuar que, más allá de toda conjetura, *‘el ciprés es el huerto*⁴ y esa verdad subyace en el fondo mismo de la verdad y que así ha sido y será siempre. Posiblemente la respuesta no es lógica ni analítica, pero es profunda, delicada, y la Iluminación ansiada por el aprendiz puede estar contenida en la cadencia de las palabras y no en su significado estricto.

Nosotros, como dignos promulgadores de la razón occidental, eliminamos respuestas de este estilo porque, simplemente, carecen de lógica y no llevan a ninguna parte; preferimos parafrasear argumentos como este: *“En efecto; si el ser es el fundamento de la nada en tanto que nihilización de su propio ser, ello no significa que sea el fundamento de su ser. Para fundar su propio ser, sería necesario que existiera a distancia de sí, y ello implicaría cierta nihilización del ser fundado así como del ser fundante, una dualidad que fuera unidad: recaeríamos en el caso del para sí. En una palabra, todo esfuerzo para concebir la idea de un ser que fuera fundamento de su ser concluye, a su pesar, formando la idea de un ser que, contingente en tanto que ser-en-sí, sería fundamento de su propia nada.”*⁶. Discursos como el anterior quizá sean válidos en cuanto labor conceptual y lógica dentro de un estricto contexto académico. Que ostenten algún atractivo más allá de su ámbito intelectual específico es algo de lo que me permito dudar.

La filosofía, esa disciplina audaz y atrevida, no puede limitarse a un laberinto de aseveraciones fundadas en hipótesis conceptuales, limitada a lo netamente teórico; en ella el ser humano

debe encontrar lugar para su inmediatez, ...

³ Sentencia taoísta (sin datos de publicación).

⁴ Koan zen (sin datos de publicación).

⁶ SARTRE, Jean Paul. *El Ser y la Nada*. Ediciones Altaya. Barcelona. 1993. Segunda parte. Capítulo I. Apartado II. p. 114.

debe encontrar lugar para su inmediatez, para su desaforada subjetividad que le permite verse como una simple criatura voluble, sufriente y vital... la filosofía es un buscar permanente, solitario, silencioso, quizá infeliz, es un dialogar con el mundo, es descubrir los órdenes y las correspondencias del Cosmos, es hacer cosas con las manos, concebir y plasmar; o quizá, como creía Montaigne, sólo sea prepararse para morir; es por esto, tal vez, que no puede desvincularse de todas las manifestaciones del espíritu humano: del arte, de la literatura, de la ciencia.

Cuando Policleto y Praxíteles descubrieron el canon simétrico de la figura humana y por primera vez para la humanidad representaron la perfección del movimiento en el mármol estaban haciendo algo más que fijar pautas de escultura, estaban concibiendo al hombre dentro de la naturaleza, estaban divagando, estableciendo principios estéticos de belleza que marcarían el espíritu y las concepciones de Grecia; cuando Colón atravesó la desconocida Mar Océana y encontró a América, lo que hizo fue diseñar un mundo esférico para el espíritu del renacimiento que bullía en ansias de explorar y conocer; cuando Galileo, siguiendo a Copérnico, descubrió que la Luna tenía montañas y que las esferas de cristal de Aristóteles no existían, estaba fijando los parámetros de la ciencia, estaba abriendo el camino que permitiría a Newton llegar a concebir las leyes básicas de la mecánica universal, y la razón se convirtió entonces en un instrumento real de conocimiento fundado en la práctica y capaz de abarcar la totalidad de un Universo más vasto que los cielos; cuando Bach reorganizó el conocimiento musical de

su época y legó a la historia su obra completa, estaba marcando el derrotero que seguirían tres siglos de Música; cuando Don Quijote se armó caballero andante y se fue a promulgar una fe, igualmente, a través de él, Cervantes exploraba los alcances de la literatura y de la palabra escrita; cuando el 6 de Agosto de 1945 la primera bomba atómica calcinó a 80 000 personas bajo el cielo de Hiroshima, descubrimos sólo una parte del horror en el que nos hemos sumido y del que parece no haber escapatoria; y cuando, hace poco, un astronauta plasmó su huella en la Luna, también, como al principio, estaba fijando el rumbo de una humanidad que necesita descubrir y cuestionarse a sí misma, modificar el mundo (o quizá destruirlo), reflexionar sobre él, filosofar sobre y dentro de él, porque la reflexión, el



deseo de aprehender y de hallar verdades sorprendentes y la necesidad de explorar y concebir, son, en gran parte, un aporte de la filosofía y no de la ciencia y es, por ello, que aquella se constituye como una disciplina de la globalidad y no de la estrechez de una erudición diminuta y estéril y se ofrece, en el plano personal, como una búsqueda de sentido y de bienestar; y en el plano genérico como una tendencia permanente a descubrir y construir: **“Cuando se es joven no hay que vacilar en filosofar, y cuando se es viejo, no hay que cansarse de filosofar. Porque nadie es demasiado joven o demasiado viejo para cuidar su alma. Aquel que dice que la hora de filosofar aún no ha llegado, o que ha pasado ya, se parece al que dijese que no ha llegado aún el momento de ser feliz, o que ya ha pasado.(...)Por tanto hay**

que estudiar los medios de alcanzar la felicidad, porque, cuando la tenemos, lo tenemos todo, y cuando no la tenemos, lo hacemos todo para conseguirla.”⁷. Las verdades, esas verdades que sirven para vivir, son las que se construyen y se encuentran; de nada sirven los argumentos que prueban la existencia de Dios pero sí sirven las preguntas y las inquietudes que llevan al espíritu a apasionarse y a descubrir certezas místicas que nos conmueven y estremecen, y que se nos revelan, no en los argumentos irrefutables de nuestra agobiante razón, sino en las imágenes, en las simples cosas, en los instantes, en lo que llegamos a percibir suavemente como algo tenue o fugaz, certezas tan ingenuas como esta (que sin duda Agustín habrá leído), de la primera epístola a los Corintios, de Pablo: **“Cuando yo era niño hablaba como niño, pensaba como niño, razonaba como niño; cuando llegué a ser hombre dejé como inútiles las cosas de niño.”**⁸; una verdad no es lo que se entiende a cabalidad, es lo que se siente, lo que conmueve, un impulso, una fe, algo que puede ser poético y musical y silencioso o también atroz e irrespirable.

Resulta odioso fijar conclusiones. Quisiera, solamente, para terminar, remitirme a un pequeño fragmento, dos líneas de Whitman: **“Me preguntó un niño: ¿Qué es la Hierba?, trayéndomela a manos llenas; ¿Cómo podía responderle? Tampoco sé yo qué es la Hierba.”**⁹ ♣

⁷ EPICURO. *Carta a Meneceo*. Citado en VERNEAUX, Roger. *Textos de los grandes filósofos. Edad Antigua*. Editorial Herder. Barcelona. 1988. V. p. 93.

⁸ Corintios I, XIII, 11-12.

⁹ WHITMAN, Walt. *Hojas de Hierba. Canto a mí mismo*. Editorial Nowaro. Barcelona. 1975. 6. p. 118.

